

# «He visto desaparecer a los niños de Camboya»

Perteneiente a la congregación de las Auxiliadoras del Purgatorio, Françoise Vandermeersch acompañó a Camboya a los enviados del Comité Francés de Ayuda Médica y Sanitaria para Kampuchea. He aquí su dramático testimonio.

## FRANÇOISE VANDERMEERSCH

**C**AMBOYA parece un país asolado por un espantoso terremoto: casas destruidas, carreteras destrozadas, y por todas partes, comitivas de hombres, de mujeres y niños que caminan sin parar. Van errantes en busca de su hogar perdido, de su padre, su madre, algún familiar, un amigo, de algo en fin capaz de tranquilizarlos. Y todos ellos mueren de hambre. Si los países ricos no ayudan masivamente a Camboya, el pueblo jmer desaparecerá.

Estos hombres desarraigados fueron liberados de los campos de concentración de los jmers rojos por los vietnamitas y el ejército jmer. Y todos los días, las filas de nómadas se ven engrosadas por otros adultos u otros niños. Descienden de las montañas donde fueron abandonados por las tropas de Pol Pot en su huida. Antes de que Pol Pot llegara al poder, ocho millones de jmers vivían en Camboya. Hoy son tres millones quinientos mil, tal vez cuatro...

### «Llevo tres meses caminando»

He visto a niños de nueve o diez años: parecían tener cinco. A otros yo les daba dieciocho meses, pero tenían en realidad cuatro años y hablaban con dificultad. Están encojidos, como arrugados: uno diría que son los hermanos de los niños rescatados de los campos de concentración nazis. A veces, ni siquiera conocen el nombre de sus padres. Hay que explicar que, bajo el

régimen de Pol Pot, los niños de entre cuatro y ocho años debían dedicarse todo el día a recoger boñigas de animales y excrementos humanos. Si no alcanzaban la cuota que se les había fijado, se les prohibía comer. Sus hermanos y hermanas, de entre ocho y diez años, debían remover un metro cúbico de tierra al día...

En el orfanato de Kompong Speu, vi niños que acababan de ser recogidos, aún bajo los efectos de un trauma, la mirada vacía y desesperada, cuando no se tapaban los ojos con las manos para no ver nada. El régimen se esfuerza en alimentarlos convenientemente, porque son el futuro del país. Se les da una especie de sopa de hojas de banano en la que bailan unos granos de arroz: no hay legumbres por culpa de la destrucción de los cultivos. Los niños duermen algunas veces en camastros, pero con más frecuencia en el mismo suelo, sobre esterres o trozos de plástico. En el orfanato falta todo. Pero al menos garantiza la vida, y la generosidad y la ternura de los responsables tiene algo de extraordinario.

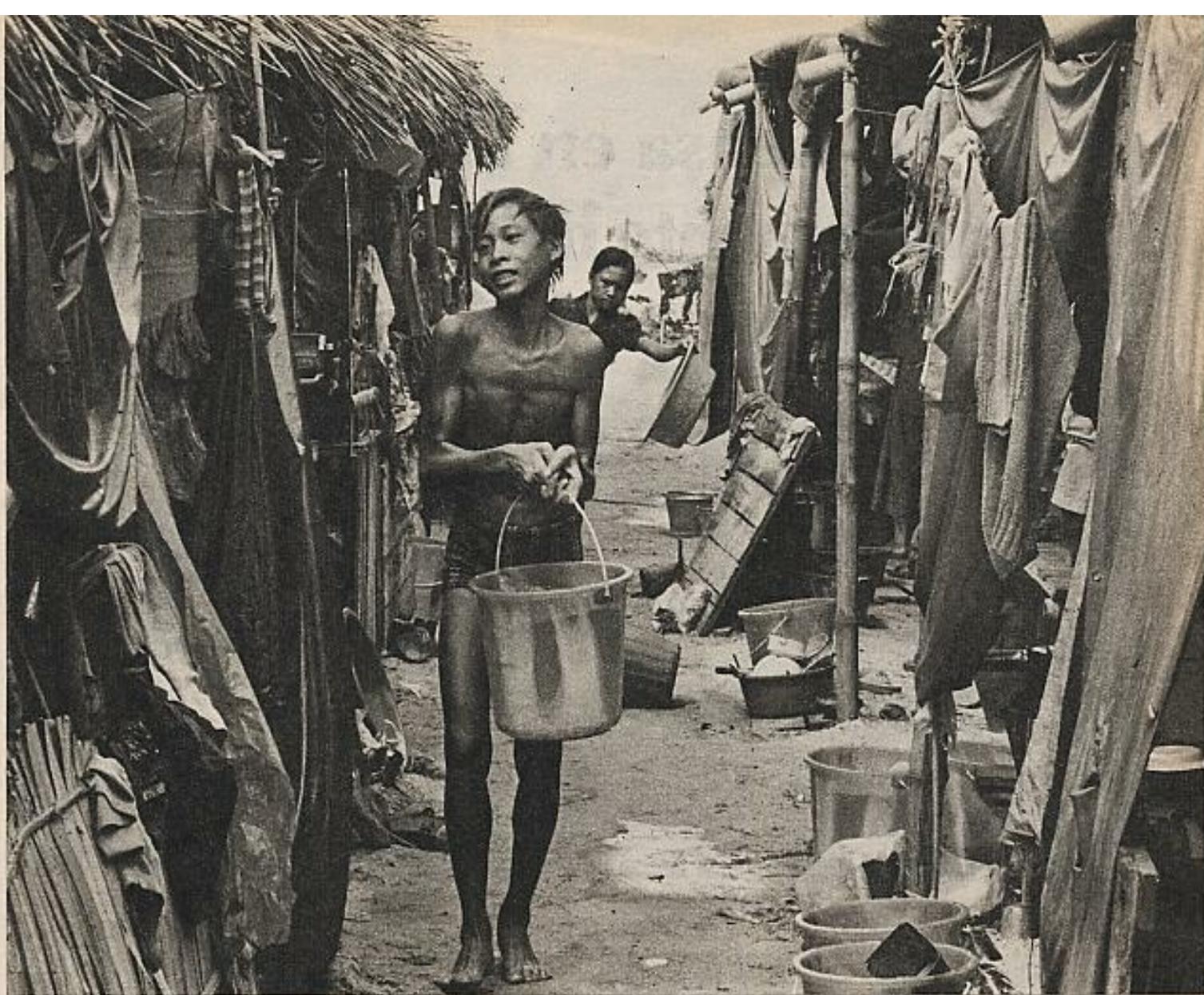
En Phnom Penh, liberada desde hace más tiempo, la vida ha recobrado algo de su pulso. El rostro de los niños ha cambiado. Incluso cantan. El director del orfanato, antes gobernado por las hermanas de la Providencia, me explica: «No debía tener más de trescientos sesenta niños; hoy son ya seiscientos cincuenta. Es demasiado. Pero, ¿qué quiere que haga? No puedo abandonar a estos pequeños que vienen de las montañas».

Así que se han juntado los camastros, y, en el refectorio, bien conservado, los niños, sentados en el suelo, como pueden, comen con los dedos, sirviéndose, cuatro o cinco, de la misma escudilla, ya que faltan también las cucharas y los platos.

No he visto prácticamente niños de menos de cuatro años. Son muy pocos los que han debido de nacer últimamente, y muchos los que seguramente han muerto. Hoy, la mitad de las mujeres en

edad de tener hijos están estériles. El trabajo forzado, la malnutrición, y también el miedo las han privado de la posibilidad de dar a luz. Muy a menudo, las mujeres que pueden alumbrar un hijo abortan, sin embargo, a las pocas semanas o a los pocos meses de quedar embarazadas. Y los niños nacen prematuros. No hay incubadoras, ni las madres tienen leche para alimentar a sus hijos. En las maternidades no hay nunca pañales y si sólo trapos...





"No he visto prácticamente niños de menos de cuatro años. Son muy pocos los que han debido nacer últimamente y muchos los que seguramente han muerto".

No he visto leproso o lisados: como no podían participar en la construcción de la Gran Camboya, fueron eliminados. Pero vi, en las carreteras de Battambang y de Kompong Speu, columnas de deportados andrajosos que caminaban sin rumbo fijo. Los más afortunados habían conseguido recuperar una vieja carreta de bueyes o habían logrado subir a un camión militar. Pero los jiners sólo disponen de un centenar de estos vehículos. Una mujer que caminaba descalza me dijo: "Llevo tres meses caminando. Mi aldea fue arrasada. Espero recuperar una casa de las de Pol Pot...". Construidas sobre pilotes, esas casas sólo tienen una habitación y ningún trasto de cocina. Bajo el régimen anterior, estaba prohibido comer en la propia casa...

Este fenómeno de nomadeo es un problema terrible para las autoridades. ¿Cómo alimentar a esos hombres y esas mujeres? ¿Cómo reorganizar el país? Pero los responsables no quieren hacer nada por el momento: "El pueblo está tan traumatizado, explican, que no podemos asentarlo de modo inmediato. Sería inhumano. No se le puede exigir nada, y menos que nada podemos exigirle que trabaje". Porque a este pueblo de campesinos le inspiran hoy terror los arrozales...

### Vuelta al trueque

Un consejero de la Embajada soviética me cuenta: "Recibí un carguero con trece mil toneladas de arroz en Kompng Som. Por desgracia,

no queda infraestructura portuaria, y los sacos son demasiado pesados para que puedan transportarlos los estibadores portuarios. Así que recurrimos a estibadores vietnamitas, pero el único equipo de que disponían eran unos ganchos, que desgarraban todos los sacos. Entonces, la población y las ratas se abalanzaban sobre el arroz derramado. De todas formas, incluso si se consigue descargar el arroz, resulta que no hay silos para almacenarlo ni camiones para su transporte. Por si fuera poco, las carreteras están prácticamente impracticables...".

Es verdad. Cada equis kilómetros, Pol Pot mandó hacer una especie de zanja atravesando la carretera para que el agua circulara entre los arrozales. Los caminos debían volver así al estado de Natu-

raleza. Se salvaron sólo algunas grandes avenidas en torno a Phnom Penh, como la carretera que une Phnom Penh con Saigón. Sin embargo, en algunos centros se reanuda la vida poco a poco. Como no hay un céntimo en las arcas del Estado, no existe dinero, y, naturalmente, los camboyanos han vuelto al sistema del trueque. La unidad de medida es un pequeño bote de hojalata, de los de leche, lleno de arroz. Los tejidos, la pasta dentrifica, el aceite o los peines, se adquieren a cambio de tantos boles de arroz... Esas mercancías proceden de ciertos depósitos descubiertos acá o allá. Pol Pot, que había decidido, en efecto, rechazar toda occidentalización o modernización, ocultaba sistemáticamente cuanto el país importaba o producía. En Phnom Penh pueden verse ▶

# Si piensa en aislarse, (térmicamente hablando, claro) piense en ISOVER



**ISOVER** es conocido en casi todo el mundo como una de las primeras marcas dedicadas a la fabricación de aislantes para la construcción.

**ISOVER** abarca una amplia gama de productos específicos para cada necesidad, que cubren y aíslan

del frío, el calor, y el ruido, cualquier superficie habitable.

**ISOVER** es imprescindible en la edificación moderna, tanto de edificios como de naves e industrias.

**ISOVER**, es un producto de Cristalería Española, S. A. División Fibras



el nuevo Vitrofib

## CAMBOYA

casas repletas de refrigeradores, de cocinas de gas. Pero esas existencias se agotarán rápidamente.

Para comprender la actual desolación, hay que remontarse al régimen de Pol Pot. En la carretera de Battambang me topé con un ingeniero que había escapado de los campos de trabajos forzados en compañía de su mujer y de sus hijos. "He tenido suerte, pese a todo —me dijo—. Tenía nueve hijos. Me quedan dos. Los otros murieron de hambre. Siempre oculté a las autoridades mi condición de ingeniero. De otra forma, no hubiese sobrevivido. Trabajaba en un arrozal. Mi mujer, también, pero no en el mismo lugar. Sólo nos veíamos unos días al mes. Al principio, no teníamos derecho más que a un bol de arroz al día, pero al cabo de algún tiempo empezaron a darnos exclusivamente sopa: doscientos cincuenta gramos de arroz, hojas de banano, unas cuantas legumbres, mazorcas de maíz, agua. Era la ración para cien personas". Pude ver las enormes marmitas que servían para hacer la sopa.

Mi intérprete era comunista y sigue siéndolo. Con los estudios de Medicina prácticamente acabados, regresó al país en 1975, pasando por Pekín. En el aeropuerto de Phnom Penh, los técnicos chinos que le acompañaban fueron recibidos con todos los honores. Pero él y los camboyanos que volvían por propia voluntad fueron inmediatamente internados en un campo de trabajos forzados. Salvó su vida diciendo que era obrero y, hasta la hora de la liberación, se vio precisado a llenar, cada día, una fosa con excrementos humanos, que acto seguido debía remover. Su familia fue exterminada por completo.

Por todas partes había prisiones, en las que todo el mundo era sistemáticamente torturado a la búsqueda de enemigos del régimen. Con los años, a la hora de custo-

diar a los prisioneros, de torturarlos o ejecutarlos, Pol Pot no podía ya confiar más que en muchachos adolescentes. Me he encontrado con un antiguo prisionero, liberado cuando ya le llevaban al paredón: "En Phnom Penh nos tenían atados con cadenas recibidas en el cemento de los muros o del suelo. No lográbamos saber quién nos golpeaba, ya que teníamos los ojos vendados, excepto cuando trabajábamos en esculpir bustos de Pol Pot. Por otra parte, estábamos demasiado debilitados para poder reaccionar. Nuestros torturadores tendrían, a lo sumo, doce o trece años". Estos niños han sido trasladados a un centro de rehabilitación. No los he podido ver, pero me dicen que están bien tratados. Los jmers declaran: "Hemos padecido no poco a la hora de imponer un castigo a estos jóvenes, castigo del que tampoco nos fiamos demasiado".

El régimen engendra una especie de locura. Por ejemplo, encontré a una mujer de origen francés, nacida en Phnom Penh y casada con un jmer adicto al régimen. Un día se enteró de que su marido había sido ejecutado y, bien pronto, ella misma sería deportada. Me contaba que "en el pueblo, los castigos aplicados a los ladrones eran terribles: se les cortaba un dedo, incluso una mano. Y yo me acostumbré a ver cómo llevaban hombres y más hombres al bosque. Un día los seguí y, escondida entre la maleza, vi el espectáculo: uno a uno, eran atados con los brazos en cruz a los árboles, para abrirles a continuación, con un machete, el vientre y arrancarles el hígado que luego ponían a freír sobre el fuego de leña. Los otros, entre tanto, aguardaban su turno".

La princesa Lola, prima de Sihanuk, me cuenta que una de sus hijas, de doce años de edad, fue muerta ante los ojos de su marido por el simple hecho de no querer abandonar a su padre. Y, al mismo tiempo, una criatura de la misma

edad que había robado una mazorca de maíz fue degollada a cuchillo por sostener que no era ladrona, sino que tenía necesidad de esa mazorca para poder sobrevivir. Un antiguo farmacéutico me habla, en fin, de un espantoso curso de Medicina. Habían matado a los médicos, y era necesario reemplazarlos por campesinos. El hombre vio, en una pagoda convertida en "aula", hombres a todas luces sanos, traídos a la fuerza de los arrozales donde trabajaban, atados sobre las mesas. Frente a ellas, los "monitores", abriéndoles el vientre, explicaban a sus "alumnos" el funcionamiento del corazón, el hígado, los pulmones..., hasta que las cobayas humanas sucumbían.



### Un plan en tres etapas

Cuando uno oye estas cosas, se pregunta: ¿Cómo es posible? Es verdad que, de entrada, Pol Pot contó con el apoyo de los campesinos. Oprimidos a lo largo de toda la historia jmer, de pronto un hombre los convierte en protagonistas de su propia historia. De la misma manera, tanto los bonzos como los sacerdotes católicos quedaron fascinados por su política, igualitaria y voluntarista. Pero todos habrían de pagar por ello un alto precio. Donde había mil bonzos apenas sobreviven ochenta, de los cuales cuarenta han sido forzados a contraer matrimonio. En cuanto a los sacerdotes católicos, no parece que quede ni rastro. Por su parte, los campesinos son eliminados a medida que cobran conciencia de su situación.

Se sabe que Pol Pot se había trazado un plan en tres etapas: supresión de los intelectuales, supresión de ciudadanos y supresión de todo aquél que supiera leer y escribir. El plan funcionó como una apisonadora.

Por fortuna, los vietnamitas intervinieron justo antes de la tercera fase. ¿Qué es lo que soñaba Pol Pot? Eso nunca se sabrá. Pero el antiguo embajador del Vietnam en Phnom Penh me decía: "No he visto a Pol Pot más que dos veces. Era un hombre loco de orgullo, que deseaba restituir a su país el poderío que tuvo cuando los Emperadores residían en los templos de Angkor. Para ello, era necesario remontarse a los orígenes, es decir, a la agricultura, apoyándose en un régimen de comunismo radical. Condenados los soviéticos como reaccionarios e imperialistas, y los chinos, criticados por haberse detenido en la primera etapa, Pol Pot quiso seguir la doctrina al pie de la letra, sin tener en cuenta la realidad". El antiguo embajador añadió: "Un día, Pol Pot me llegó a decir: 'Si no quedan más que un par de millones de jmers, podremos reconstruir el país...'. ■ F. V. © "Le Nouvel Observateur" y TRIUNFO.